



Bookshelf

2007

[Introduction to] Todo lo sólido

Ernesto Seman

University of Richmond, eseman@richmond.edu

Follow this and additional works at: <https://scholarship.richmond.edu/bookshelf>

 Part of the [Leadership Studies Commons](#)

Recommended Citation

Semán, Ernesto. *Todo lo sólido*. Buenos Aires: Aurelia Rivera, 2015.

NOTE: This PDF preview of [Introduction to] *Todo lo sólido* includes only the preface and/or introduction. To purchase the full text, please click [here](#).

This Book is brought to you for free and open access by UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Bookshelf by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.

TODO LO SÓLIDO
Ernesto Semán

I

La última noche que se vieron habían estado tomando cerveza en un bar mientras se iba el tren. Bernardo, estaba despa-rramado sobre la mesa, el vaso enfrente y las cejas arqueadas que remarcaban el esfuerzo por fijar la vista. Gabriel hablaba con el cuerpo apoyado sobre los codos –la cabeza entre las manos–, lo pasaba de largo con la mirada.

“Para descansar, pibe, está la eternidad.”

Habían tomado en unos cuantos bares durante toda la noche. Ahora estaban en Pontiakis, un bar de griegos en Queens adonde ya habían ido otra noche; esta vez parecía idéntico a un bar de Constitución, a cualquier bar de Constitución, hasta la mitad de una torta que estaba en la heladera parecía una sopa inglesa. Eran ceremoniosos en las proporciones, en esa época: Gabriel podía con un par de botellas de vino, en una salida; Bernardo la mitad quizás. Pero algo de eso se había desbaratado elegantemente a lo largo de la noche, hasta que la conversación se hizo espaciada, amorfa. Gabriel, le decía Bernardo cerca de las diez de la noche en otro bar, cuando recién se había ido la luz del día, ya estamos listos, *ce fini*, vamos a dormir. Gabriel se las ingenió para que lo acompañara a la casa, y para que cuando salían de la estación se metieron en otro bar más a tomar una

cerveza. Y entonces volvía esa remake de escena de mamados, incomprensible a primera vista. Luego, con el tiempo y con atención, las reiteraciones y los silencios rearmaban la misma conversación, los mismos temas paralelos que iban y venían a lo largo del tiempo, a veces sin entrar en contacto. Gabriel, nihilista e introspectivo, inútil preguntarle en qué estaba pensando, preguntándose si al menos había algo de dignidad en tratar de ganarse la vida de cualquier manera, sin hacérsela imposible a los demás; Bernardo, exagerando la practicidad, utilitario hasta cuando buscaba lo contrario, preocupado por saber si leer más literatura lo convertiría en un mejor abogado de derecho financiero internacional, o al menos si no empeoraría su lugar en aquel mundo por un uso ineficiente del tiempo. Porque si algo tenía claro Bernardo desde siempre, era que la tasa de interés que pagamos por un crédito no es otra cosa que el precio del tiempo que pedimos prestado.

Gabriel había visto el bar desde el subte. Venían de Manhattan y el tren se había parado unos metros antes de la estación sobre las vías elevadas. Estuvieron un rato, él desde el vagón mirando directo al bar, con los ojos entrecerrados y el aspecto de alguien concentrado, que le iba tanto para planificar la próxima parada de la noche como para la toma del Moncada. Habría pasado un minuto o más antes de que el subte hiciera esos metros que faltaban hasta el andén y abriera las puertas en la última estación de Queens, que en ese entonces era algo así como el fin del fin del fin del mundo.

Era de esos abiertos las 24 horas, con tres o cuatro mesas ocupadas. Los mozos no habían cambiado el turno y se apilaban sobre la abertura en la pared que conectaba con la cocina, nada que envidiarle al más porteño de Constitución, misma hora, misma gente. Parecía que podían quedarse el tiempo que quisieran. Cuando Bernardo se dio cuenta de eso fue que le dijo que necesitaba descansar, que al día siguiente trabajaba desde temprano, que todo el viaje de vuelta y aún si tomaba un taxi, y él salió con eso de que para descansar estaba la eternidad. Pibe. Tomaron una Heineken entre los dos y hablaron hasta que a Gabriel le agarró la idea de que tenía que llamar a Laura para avisarle que llegaría más tarde. Llegó a sacar el celular del bolsillo para marcar, con esas manos gordas y macizas, los nudillos violetas. “Pero Gabi, son las tres de la mañana, estamos a dos cuadras de tu casa. Nos levantamos y llegamos enseguida. Y Laura ya debe estar durmiendo...” Eso sí funcionó. Se acomodó la remera, fue al baño un segundo, hizo algún chiste con el mozo sobre la borrachera. Cinco minutos después, en la puerta del edificio, eso fue un poco antes de las cuatro de la mañana, todo se veía normal. Gabriel tanteó las llaves en el bolsillo y abrió la puerta. La última imagen que le quedó a él de esa madrugada, la del 18 de agosto de 2001, fue la de Gabriel mirando por el pasillo vacío hacia donde estaba el ascensor, como intuyendo el camino que tenía por recorrer. Bernardo se dio vuelta, se acomodó el bolso y salió a la avenida a buscar un taxi. Tres horas después lo despertaban por teléfono para avisarle que el departamento de Gabriel y Laura se había incendiado cuando ellos dormían adentro.